

## ANTE EL ENCIERRO EN LA OLAVIDE

Quien es capaz de dejar su nido para poder seguir viviendo con dignidad merece el mayor de los respetos y el agradecimiento del sistema económico

# Migraciones y dignidad

Colectivo Universidad  
y Compromiso Social

LA historia contemporánea de este país y su propia situación actual no pueden entenderse sin conocer y valorar con justicia la movilidad de muchas per-

sonas que, muy a su pesar, lo han ido abandonando o de aquellas otras que, también a su pesar, se están convirtiendo en sus nuevos habitantes. Al protagonismo histórico de los cuatro millones de compatriotas que tuvieron que marchar a las Américas entre 1880 y 1935, o al de los también numerosos españoles que no cabían con dignidad en la España franquista y tuvieron que colaborar en la reconstrucción de la Europa de posguerra, hay que unir el actual protagonismo de los numerosos inmigrantes.

Tales protagonismos les devienen tanto si se adoptan criterios cuantitativos como cualitativos de valoración: aportaciones monetarias y productivas al crecimiento económico, actitudes valientes y arriesgadas, aperturas mentales y capacidades de aprendizaje son cualidades innegables de todo emigrante. Quien es capaz de dejar su nido para poder seguir viviendo con dignidad merece no sólo el mayor de los respetos, sino el aplauso unánime de sus viejos y nuevos conciudadanos y hasta el agradecimiento de un sistema económico que cínicamente lo aprovecha expulsándolo—válvula de seguridad—y recibéndolo—trabajo duro y mal remunerado—.

No obstante, el papel de cancerbero que otorgó a España el tratado de Schengen le ha ido conduciendo a la pérdida de su memoria y de su profundo y culto sentido de la hospitalidad—de origen, por cierto, norteafricano—, de tal forma que nuestros gobernantes se consideran porteros y dueños de un territorio que nadie les ha dado en herencia. Parece como si el sacramento del europeísmo nos hubiera convertido en europeos occidentales y desarrollados, por la gracia de Dios y a pesar de la Historia. Ello significa que nuestra casa” se ha extendido muchísimo hacia el norte de los Pirineos—donde ya no empieza África— y ha fortalecido sus muros en el flanco sur—donde ya no existe el mare nostrum—. Esta estúpida, pacata y frágil visión geopolítica conduce paradójicamente a España a seguir siendo inexorablemente extremo del mundo desarrollado y guardián de su frontera. ¿Acaso un futuro más interesante de los países meridionales de la Europa comunitaria no debería pasar por la superación de los propios límites continentales y la reconstrucción del Mediterráneo romano? Una ampliación de Europa por el norte de África otorgaría a España, por ejemplo, no sólo un emplazamiento más centrado en el conjunto territorial comunitario, sino también un verdadero reencuentro con sus raíces gentilicias y culturales, con sus viejos conocidos y parientes. Al contrario, resulta curiosa la coincidencia de gobiernos sureños de

la UE—como los de Aznar y Berlusconi— con los planteamientos proamericanos y redentoristas del gobierno Blair, al prescindir de los criterios de justicia y derechos humanos en el tratamiento del tema de las migraciones en aras de primar unas seguridades y eficiencias francamente ridículas y obsoletas en la actual sociedad del riesgo.

Los inmigrantes, obligados por sus propias subsistencias a pensar con cordura y rapidez, se levantan, protestan y anuncian que se está desatando una caza de brujas contra ellos, porque si en realidad es el mercado el que manda, ellos saben que los mercaderes a los que ellos pueden servir no quieren personas pensantes, sino máquinas de trabajo, esclavos, y de eso es de lo que muchos de ellos huyen. Pese a todo, siguen viniendo y al huir del empobrecimiento de sus países—provocado por nuestra rapiña— siguen siendo protagonistas de nuestra reciente historia. Las nuevas normas legales no pueden frenar sus llegadas en busca de mejores condiciones de vida. Y los que vienen son los mejores, los que se atreven, los arriesgados, los que todavía pueden soñar con un futuro distinto, los que aprenden español con una rapidez envidiable, los que se organizan solidariamente... Y sin quererlo, se convierten en ejemplo para una sociedad decadente e inducida al pelotazo.

La nación, el territorio, las fronteras no parecen tener hoy la importancia fundamental que a veces les hemos dado. Además de productores de una economía globalizada, somos herederos de la especie humana y ciudadanos del mundo. Por todo ello, queremos expresar que nos enorgullece ser anfitriones, compañeros y compatriotas de estos arriesgados y entusiastas buscadores de felicidad, porque la Universidad es universalidad y diálogo, porque entendemos que la única ética posible de la globalización pasa por la interculturalidad y ello se opone a la exclusión y al encerramiento en fortalezas territoriales y regímenes de resonancias feudales. Entendemos que la solución del encierro de la Olavide no puede ser exclusivamente administrativo-legal, sino que también exige un compromiso político. En función de estos planteamientos, aplaudimos y nos ponemos a disposición de todos aquellos que luchan por una búsqueda digna de soluciones imaginativas y positivas—sin sacrificios de chivos expiatorios— para los encerrados en la Olavide. Y, finalmente, como personas y ciudadanos responsables, nos sumamos a sus gritos: ¡Ningún ser humano es ilegal! ¡Papeles para todos!

→ Forman parte del Colectivo **Universidad y Compromiso Social** Isidoro Moreno, Manuel Delgado, Carlos Arenas, Joaquín Urías, Valeriano Ruiz, Antonio Rallo, Juan F. Ojeda, Rosa Muñoz y otros 47 profesores universitarios de Sevilla.